

SIN HILOS QUE GUÍEN



Ilse Díaz, *De minotauros y mujeres que duermen*, Instituto Cultural de Aguascalientes, México, 2010.

MARIO ANTONIO FRAUSTO GRANDE

Estudiante de 4° semestre de la Lic. en Letras Hispánicas, UAA

A través de la pluma de Ilse Díaz se gesta el texto titulado: *De minotauros y mujeres que duermen*. En dicha recopilación de cuentos, la autora funde tintes de la mitología griega con aspectos de la sociedad actual; desde temáticas hasta escenarios, tejiendo así un híbrido que presenta ambas vertientes fusionadas en un solo plano. La propuesta de la autora nos sorprende o, como lo dice Salvador Gallardo Topete en su breve introducción a la obra: “Sus textos rompen con las cárceles temporales y espaciales, fluyen con la libertad del agua inaugurando caminos impensados, con un lenguaje bien temperado que hermana la musicalidad de las palabras con el concepto que encierran”,¹ breve comentario que engloba ideas precisas para definir el contenido en los textos de la joven aguascalentense, ya que las temporalidades y espacios de los contextos griego-mitológicos y modernos, y la manera en que éstos son unidos, constituyen una de las bases primordiales que aportan identidad a gran número de cuentos de este volumen.

Particularmente, me centraré en el cuento que da nombre a la obra: “De minotauros y mujeres que duermen”, haciendo hincapié en las reminiscencias mitológicas que el texto presenta y en cómo éstas se combinan con los vestigios de la sociedad actual generando no una reconfiguración del mito al que hace alusión el texto, sino una nueva identidad que usa esta fusión como la oportunidad de crear otro modo de representar ciertos conflictos o tópicos recurrentes en el ámbito literario, otorgándoles una carga simbólica que refuerza la idea contenida en el texto.

En primera instancia, en el cuento se denotan vislumbres erótico-amorosos y se crea un conflicto al tratar de entender si la narración está ubicada en el nivel onírico o en el de la realidad. El incipit del texto dice: “Las sábanas estaban revueltas y a esas horas la cama ya olía a la durmiente, situada en quién sabe qué estrato de los sueños”.² El erotismo resulta evidente en la descripción de las sábanas revueltas, primer vislumbre de tipo sexual que pocas líneas más adelante se complementará con: “Cuando la durmiente despertó, el minotauro todavía le acariciaba el lóbulo de la oreja izquierda”;³ así, este último fragmento también rompe con la incertidumbre de si la ubicación espacio-temporal es la del sueño (lo onírico) o la realidad, ya que, como se menciona “la durmiente despertó”, acción que nos ubica en el plano de la realidad aunque ésta presente características fantásticas.⁴

1 Ilse Díaz, *De minotauros y mujeres que duermen*, ICA México, 2010, p. 7.

2 *Ibidem*, p. 23.

3 *Idem*.

4 Recordemos que dentro de un texto la lógica es distinta, no importa si el contenido trasciende al nivel de la fantasía, al de la realidad o, en todo caso, al de una combinación de éstos. Finalmente, dentro de la lógica textual esto es posible.

Como segundo conflicto podemos hablar del tema al que recurre la autora, el cual resulta convencional: el amor de pareja, la aceptación del otro; tópico que, claro está, no desvirtúa el texto. “No había muchos momentos de éstos, por la simple razón de que hay pocas camas en el mundo donde dos personas se encuentran bien, lo cual es igual a decir que se aman”.⁵ De la última cita hay que resaltar la figura de la cama, ya que se convierte en el espacio donde se desenvuelve la acción del cuento.

En un principio la impresión de la protagonista frente a la presencia del monstruo se percibe como horror; pero: “el cerebro de la durmiente era muy ágil, siempre dispuesto a hacer asociaciones de las naturalezas más extrañas y complejas o, por el contrario, tan simples que jamás a nadie se le hubieran ocurrido”.⁶ Es así como la mujer asocia al minotauro “con el olor que solía atormentarle, de una manera muy dulce y placentera[...]”⁷ (nuevamente se presenta el erotismo) y concluye que es aquel ser con el que ha compartido, no soñado; el minotauro se ha convertido en un entrañable cómplice de sábanas.

El último párrafo dice: “Entonces lo más natural fue olvidar todas las Ariadnas con sus hilos y caprichos reales[...]”.⁸ Claramente, el mito al que hace alusión el cuento es la historia del ser monstruoso que es engendrado por la unión de Parsífae con el bello toro blanco que Poseidón manda ante Minos para que éste lo sacrifique. Ariadna, en el mito, cumple la función de asistir a Teseo, héroe que se introduce al laberinto donde mora la bestia con la intención de asesinarla. La joven ayuda a Teseo a salir del dédalo a través de los hilos que ésta da al héroe para que trace un camino por el cual regresaría a la luz del día. Sin embargo, en el cuento, Ariadna es vetada; su presencia resulta irrelevante ya que su labor como guía en este texto es innecesaria. La guía que la autora propone es la aceptación del otro, en sí, el amor: “y entregarse a la única verdad de las habitaciones oscuras, que es ésa en la que se acepta el todo del otro aunque contenga también sudor de bestia, pezuñas y el estigma de un nacimiento monstruoso que debe esconderse a la vista del mundo”.⁹ Es la aceptación de la durmiente hacia el monstruo la que otorga el sentido de dirección al conflicto del cuento, no hay cabida para Ariadnas; no hay hilos que guíen, sólo el amor mutuo para sustentar la dirección que los amantes deben seguir.

Finalmente, no es que el mito haya sido reconfigurado. No, las reminiscencias del mito son simplemente una herramienta que ayuda a aportar cierta carga simbólica al texto.¹⁰ Además de las menciones del Minotauro o de Ariadna, no hay otro aspecto que nos lleve al mito: no hay Parsífae, Mino, Teseo, laberinto o Creta, sólo la cama, los olores y el encuentro que lleva a la protagonista a la aceptación del ser monstruoso frente a ella. Podemos concluir que lo mitológico en el cuento de Ilse Díaz sólo es el medio para contar otra historia, no reconfigurar un pasaje mitológico implantándolo en la actualidad, sino fundir ambas vertientes y concebir una narración de alto calibre simbólico que al final sigue dejando más espacios que pueden y deben ser dilucidados.

5 *Idem.*

6 *Idem.*

7 *Idem.*

8 *Ibid.* p. 24.

9 *Idem.*

10 Por carga simbólica debemos entender aspectos como la mención del minotauro o Ariadna, que se denotan como un mero simbolismo que ayuda a complementar la idea del cuento.



Mutaciones, ALEJANDRO AMSEL.



Si habla verbal, Alejandro Amsel.